

### 13. La fuerza de los mártires

La carta a los Hebreos completa su reflexión con una exhortación a hacer memoria de Cristo, que fijando su mirada en Él, crucificado y glorioso, obtengamos de esta memoria el poder de la gracia que nos permite no perder el valor y la confianza en la lucha contra nuestro pecado y el de los demás: "Corramos con fortaleza la carrera que tenemos por delante. Fijemos nuestra mirada en Jesús, pues de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona. Jesús sufrió en la cruz, despreciando la vergüenza de semejante muerte, porque sabía que después del sufrimiento tendría gozo y alegría; y está sentado a la derecha del trono de Dios. Por lo tanto, medita en el ejemplo de Jesús, que sufrió tanta contradicción por parte de los pecadores; por eso, no os canséis ni os desaniméis. Pues aún no habéis tenido que llegar hasta la muerte en vuestra lucha contra el pecado" (Heb 12,1-4).

EL autor de la carta habla casi exclusivamente de pasión, de lucha contra el pecado, de agotadora carrera, de sangre derramada. Pero en medio de todo esto, se inserta la frase: "Él está sentado a la derecha del trono de Dios", y es como si en ella se concentrara toda la victoria de Cristo contra el mal y la muerte, toda la resurrección. Le basta mostrar esta imagen para poner en el centro de la lucha universal y cósmica entre el bien y el mal, la victoria de Cristo resucitado de la cual fluye la fuerza y la victoria de los redimidos.

La visión del misterio de Cristo en la carta a los Hebreos nos recuerda inmediatamente a la fuerza de los mártires y al significado del martirio cristiano. Cristo a la derecha del Padre, que envía el Espíritu, hace posible dar testimonio de él hasta el martirio, como se muestra ejemplarmente en el protomártir Esteban.

Leyendo la historia del martirio de Esteban, se tiene la sensación como si hubiera leído las exhortaciones de San Pablo y de la carta a los Hebreos. Evidentemente, lo que aconteció es exactamente todo lo contrario: el espectáculo de los mártires ha inspirado las escrituras apostólicas. No hay que olvidar que Pablo fue testigo directo y cómplice del martirio de Esteban.

Es como si la lapidación de Esteban fuera causada fundamentalmente por su visión de Cristo a la derecha del Padre, de la misma manera que la pasión y muerte de Jesús se decidió cuando dijo ante el Sanedrín que iban a ver al Hijo del hombre "sentado a la derecha del Todopoderoso" (Mt 26, 64).

Leemos en el libro de los Hechos: Esteban, "lleno del Espíritu Santo, miró al cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios. Entonces dijo: -¡Mirad, veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre a la derecha de Dios!- Ellos se taparon los oídos, y dando fuertes gritos se lanzaron a una contra él. Lo sacaron de la ciudad y lo apedrearon" (Hch 7,55-58).

Este episodio muestra cómo para la Iglesia primitiva el "fijar la mirada" y el "meditar"(cfr. Hb 12,2-3) en Cristo, que está a la derecha del Padre en la gloria, era el centro de la vida cristiana, y cómo eso era precisamente la sustancia del testimonio, hasta el martirio. La presencia de Jesús ante el Padre era el centro de la meditación cristiana, la fuente de la gracia, pero también el motivo que atraía la hostilidad hasta la muerte violenta.

En esa visión de Esteban, en aquella visión de la fe en Cristo, que Esteban y los primeros cristianos tenían y que nos han transmitido, se concentraba todo el sentido y el valor de la vida, todo el tesoro del que vivían, y por el cual sacrificaban incluso sus vidas, pues la presencia de Cristo en la gloria a la derecha del Padre es mejor que la vida, es vida nuestra más que nuestra vida.

"¡Mirad, veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre a la derecha de Dios!" (Hch 7,56). Esteban muere porque da testimonio de lo que contempla. Su mirada fija en Jesús es testigo y martirio, que en griego son la misma palabra. Todos estamos llamados a conmemorar a Cristo, a cultivar su conocimiento, a profundizar en su palabra, en la relación con Él en la oración, y a verlo en el prójimo, en los pobres. Esta mirada fija en Jesús, ¿realmente conquista toda nuestra vida? ¿Realmente da toda nuestra vida por Él? Esta mirada fija en Jesús ¿realmente abarca toda nuestra vida para convertirse en Su testimonio?

¡Es increíble cómo San Esteban queda "impresionado" por lo que ve mirando a Jesús! Está impresionado del mismo modo que una fotografía queda impresa por la luz de la imagen que reproduce. Esteban murió como Jesús, pronunciando casi las mismas palabras, perdonando a sus asesinos como Él. No es una ficción, es una imagen real que se reproduce, porque Esteban se expone del todo a la luz del Modelo que se imprime en él.

Esteban, contemplando a Jesús a la derecha del Padre, no contempla solo dos personas cercanas, sino su relación, su amor, su preferencia mutua. Esteban contempla al Espíritu Santo, contempla a la Trinidad como Padre, Hijo y Espíritu, en comunión de amor eterno e infinito. Esteban es llamado "lleno del Espíritu Santo" (Hec 7,55) cuando ve al Hijo a la derecha del Padre. El Espíritu lo llena de la Realidad que ve, de la comunión del Padre con el Hijo. La memoria de Dios en él es presencia que lo llena y lo incorpora al Misterio, de modo tal que incluso la muerte que sufre no puede dejar de expresar el Misterio que se quiere silenciar y suprimir en él.

Es importante reflexionar sobre esta escena comparándola con nuestra mirada a Cristo, nuestra contemplación del misterio de Dios. ¿Cómo nos "mueve" nuestra memoria de Cristo? A menudo nos cuesta dedicarle algo de tiempo, un poco de atención, un poco de esfuerzo, un poco de sueño. El testimonio de los mártires y confesores nos muestra que realmente se puede, incluso en los niños como los pastorcillos de Fátima, echar toda la red a la parte derecha de la de la barca, y que es este "echar" toda la vida lo que es fructífero, lo que llena la red de vida fructífera para la Iglesia, de fruto que es la misma Iglesia, que es la comunión entre los hombres entre los que se reproduce la Comunión trinitaria.

Comprendemos que necesitamos una conversión para dejarnos involucrar en la predilección entre el Padre y el Hijo en el Espíritu, que es la sustancia de esa "parte derecha" que está reservada para cada uno de nosotros, y a la que Jesús nos invita llamándonos con ternura familiar desde la orilla del lago. Él nos llama a entrar en su familiaridad con el Padre, y a echar nuestra vida en ello.